

cio III, aunque más personal, brilla, sin embargo, con notable majestad. Los papas que luchan con los Hohenstaufen son hombres de guerra; la pasión los arrastra, pero hay grandeza en aquellos combates gigantescos; si la cristiandad gime bajo la tiranía y el fisco romanos, al ménos es explotada en servicio de una gran ambición, ambición ventajosa para la humanidad, puesto que la salva de la monarquía universal. Pero el Pontificado quiere fundar por sí un imperio; su dominación, más absorbente que la de los emperadores, se extiende á la vez sobre las almas y sobre los cuerpos. El papa tiene en su mano la conciencia de los fieles, las fuerzas de la cristiandad. El hombre no puede sobrellevar el ejercicio de la omnipotencia. La antigüedad vió el repugnante espectáculo de los emperadores monstruos; creía haber divinizado á sus jefes, y no formó más que tipos de degradación moral. La cristiandad vió un espectáculo más odioso todavía; los sucesores de los Apóstoles, los que se llaman vicarios de Cristo, aquellos á quienes sus aduladores comparan con Dios, los que se atribuyen la misión de gobernar y salvar las almas, los papas, son los hombres más corrompidos. No atacamos á los individuos; son víctimas de los vicios de la institución: divinícese á un hombre, y este hombre caerá por el delirio del orgullo como, según la tradición católica, cayeron los ángeles.

El último de los papas, Bonifacio, inicia la serie de la decadencia. Entre los ataques que sus enemigos le dirigen hay ciertamente imputaciones calumniosas; pero quedan bastantes que son verdaderas para condenar su memoria. Considerando puramente sus pretensiones y la arrogancia de su lenguaje, merecería ser comparado con Gregorio VII; si se va al fondo de los sentimientos, un abismo los separa. Apenas se encuentra un rastro de personalidad en el gran papa del siglo XI. La ambición es el móvil de Bonifacio, una ambición vehemente, odiosa. Emplea la intriga y la astucia para arrancar la abdicación del monje que le precede en el trono de San Pedro; después, temiendo que se ponga en duda la validez de aquella renuncia y que el papa dimisionario pueda ser un instrumento en manos de sus enemigos, Bonifacio lo retiene prisionero. *P. de Morrone* se escapa; Bonifacio lo persigue, y ordena que se le prenda, aunque sea por fuerza; el piadoso solita-

rio muere al cabo de nueve meses de cautiverio (1). ¿Qué uso hace Bonifacio de un poder comprado á costa de un crimen? Puede decirse de él lo que decía Dante del Pontificado: « Su Dios es el oro. » Las cruzadas, en las cuales nadie pensaba seriamente, fueron un pretexto para obtener sumas fabulosas. ¿Para qué le sirvieron aquellas riquezas? Para atraer los bandidos á Anagni en pos de Nogaret (2). Nunca hizo bien más que á sus parientes, si es que pueden llamarse bien las dignidades eclesiásticas, los honores seculares y el dinero que les prodigó. Sus enemigos lo acusaron de incredulidad; nos inclinamos á creer que la acusación es fundada, al ver que Bonifacio cubre sin cesar su ambición con el celo de la religión. Si se le oye, todo lo hace por Dios: siempre tiene en los labios una palabra de los libros sagrados para justificar sus actos (3). Orgullo, codicia, hipocresía; tales fueron las virtudes del último de los papas.

Estos vicios son ya desde este momento como el atributo del Pontificado; nada prueba mejor su decadencia que las mezquinas pasiones que se han apoderado de los sucesores de los Gregorios é Inocencios. El mayor genio poético de la Edad Media, el Dante, censuró los vicios de los papas con una energía que ha hecho que se le coloque entre los precursores de Lutero (4). Sin embargo, el poeta florentino es católico, y aún hoy es celebrado como el poeta ortodoxo por excelencia; esto mismo da más valor á su testimonio. Como gibelino, el Dante no podía reconocer en los papas ningún derecho sobre los poderes temporales; en su tratado de la *Monarquía* refuta la argumentación de los ultramontanos de la misma manera que Marsilio de Padua; cree, como todos los enemigos del Pontificado, que su poder temporal es una larga usurpación; ve en él el origen de los males que han affligido á la cristiandad y el origen de la decadencia de Roma. Había decadencia en el sentido de que no conservaban los papas del supremo poder

(1) DRUMANN, *Bonifacius VIII*, t. I, p. 15-17; t. II, p. 229 y sig.

(2) Frase de un contemporáneo. (DRUMANN, *Bonifacius*, t. II, p. 231.)

(3) DRUMANN, *Bonifacius VIII*, t. II, p. 232 y sig.

(4) VILLEMMAIN, *Literatura francesa en la Edad Media*, lección XII: « Es Lutero anticipado en tres siglos. »

que habian ejercido más que los vicios inseparables de una monarquía universal. El Dante compara el Pontificado degenerado con una mujer pública (1); sus invectivas contra la codicia y las violencias de los sucesores de San Pedro no tienen fin (2); para dar á sus maldiciones más autoridad y efecto las pone en boca de San Pedro mismo: «No ha fundado la Iglesia con su sangre para que llegue á ser un objeto de comercio, para que sea vendida por oro; las llaves que le concedió el Hijo de Dios no debian ser una enseña bajo la cual se combatiese á pueblos cristianos; no pensaba que los que se llaman sus sucesores habian de ser lobos carnívoros con piel de oveja; acusa á la venganza divina de lentitud en su castigo» (3). La consecuencia del Dante es que no hay salvacion para la cristiandad más que en la destruccion del Pontificado temporal, es decir, del Pontificado tradicional; esto era pedir la ruina del cristianismo histórico, porque este cristianismo y el Pontificado se confunden.

Dios quita la vista á aquellos á quienes quiere perder. La ceguera de los papas en el siglo XIV es inconcebible: diríase que quieren justificar la maldicion del Dante y precipitarse en el abismo juntamente con la Iglesia católica. No conocemos espectáculo más repugnante que el de la corrupcion de aquellos hombres que se llamaban vicarios de Dios y de los ungidos del Señor, que se daban citas en su corte. Petrarca nos dirá lo que llegó á ser Roma, la Ciudad Santa, bajo el régimen de los papas; nos dirá también lo que llegó á ser Aviñon cuando el Pontificado trasladó allí su sede: «Roma es la sentina de todos los crímenes, de todas las ignominias; es ese infierno de los vivos que anunciaba en otro tiempo la palabra profética de David. ¿Qué habia de suceder allí donde la virtud yace muerta y enterrada, en aquel antro en donde reinan el orgullo, la envidia, el lujo y la avaricia, donde los más malos prosperan, donde el bandido pródigo es ensalzado hasta el cielo, donde el pobre justo es oprimido, donde la sencillez es llamada locura y la malicia sabiduría, donde se desprecia á

(1) DANTE, *Purgat.* XXXII, 148-156.

(2) DANTE, *Parais.* XVIII, 130-136.

(3) DANTE, *Parais.* XXVII, 22-63.

Dios y se adora al mundo?..... La ves con tus ojos y la tocas con tus manos; héla ahí, esa nueva Babilonia, ardiente, desmelenada, obscena, terrible..... Toda la perfidia que hay en el mundo, toda la astucia, crueldad y orgullo; toda la impudicia y desenfreno; en fin, toda la impiedad y costumbres criminales que ha podido haber alguna vez; ¡Roma es un conjunto de todo esto!» Sigamos á los papas á Aviñon, la tercera Babilonia: «Allí no se adora más que un Dios, el oro; se vende á Jesucristo por oro..... Se considera la vida futura como una fábula y el infierno como una invencion de los poetas; la resurreccion y el juicio final pasan por tonterías. Allí la verdad es demencia, la abstinencia rusticidad, el pudor el mayor de los oprobios; la vida es tanto más ilustre cuanto más sucia, tanto más gloriosa cuanto más criminal; un nombre honrado es más vil que el fango, la buena fama la última de las mercancías..... No digo nada de la herencia de Simon, de esa herejía que hace comercio con las cosas espirituales..... No digo nada de la crueldad, de la insolencia, de la vanidad..... Porque tengo prisa de llegar á una cosa tan ridícula como odiosa. ¿Quién podría ver sin reir y sin disgustarse esos viejos niños que parecen desmentir las palabras de Virgilio acerca de la frialdad de la senectud? Se los ve lanzarse con tal ardor á los placeres del cuerpo, se revuelcan de tal modo en el fango de vergonzosas orgías, que se diría que cifran su gloria en el desorden y en la impudicia..... ¿Hablaré de los atentados al pudor, de los robos de mujeres, de los incestos, de los adulterios, juegos del libertinaje pontificio? ¿Diré cómo se expulsa, cómo se destierra á los maridos á quienes se arrebatan sus mujeres, á fin de no oír sus quejas; cómo se devuelven despues á los maridos sus mujeres violadas y encinta, y cómo despues del alumbramiento de éstas se obliga á los maridos á entregarlas de nuevo á la prostitucion? Todos estos horrores no soy yo el único que los conoce; son públicos, y tanto que todo el mundo habla de ellos sin el menor temor» (1).

(1) PETRARCA, *Epist. sine titulo*, X, XVIII.—El testimonio de PETRARCA está confirmado por los hombres más notables de la Iglesia en el siglo XIV. En su obra sobre la *Ruina de la Iglesia*, NIC. DE CLEMENGIS, dice (c. 42): «*Ex illo plano suam cladem prænosse debuit (Ecclesia), ea quo propter suas fornicationes odibiles Romuli urbe relicta Avinionem confugit. Ubi quanto liberius, tanto aper-*

El gran cisma de Occidente es una época de delirio. Se ven dos, tres papas, cada uno de los cuales se llama el sucesor de San Pedro, y arrostra los desprecios y los ultrajes de la cristiandad por asegurarse en el poder. Y ¿qué hacen estos soberanos espirituales? Aguzan su ingenio para buscar invenciones que les permitan llenar su tesoro. En el siglo XIII la lucha del Sacerdocio y del Imperio legitimaba casi las exacciones de Roma y sus invasiones. En el siglo XIV el Pontificado apareció con la repugnante desnudez de un despotismo que no tiene más ambición que dominar y satisfacer sus mezquinas pasiones. Los papas de Aviñon y de Roma, como cada cual no recibía más que la mitad de los tributos de la cristiandad, recurrieron á mil expedientes para saldar el déficit. Las rapiñas no tuvieron límite. No ya los enemigos de la Iglesia, sino sus más ardientes defensores han revelado los abusos de la fiscalización pontificia: «Los papas, dice *Nic. de Clemengis*, eligen para instrumentos de sus exacciones hombres de corazón duro, capaces de arrancar oro de una piedra. Dan á los agentes del fisco el poder de lanzar los rayos de la Iglesia, no contra los herejes y los incrédulos, sino contra los fieles y los prelados que se retrasan en el pago. ¿Quién ignora que se han negado las solemnidades de los funerales y hasta la sepultura á los obispos que á su muerte han dejado deudas á la Iglesia, y que ha sido preciso enterrarlos secretamente en lugares profanos, como á seres inmundos?» (1).

Tales eran las grandes cosas que llevaban á cabo los papas de Aviñon. Los papas de Roma no quisieron ser menos y fueron más

tius et impudentius vias sue simoniae et prostitutiones exposuit, peregrinosque et perversos mores, calamitatum inductores, in nostram Galliam innoxit, rectisque usque ad illa tempora moribus frugalibus disciplina instante, nunc vero luxu prodigioso usque adeo solutam, ut merito ambigere possis, utram res ipsa audito mirabilior sit an visa miserabilior.»

(1) *De ruina Ecclesiae*, c. 9.—Compárese *Litæ Caroli VI, Francorum regis, adversus cardinales qui fere omnia regni obtinebant beneficia* (MARTENE, *Thesaurus*, I, 1612): Los cardenales que seguían el partido de Aviñon, se apoderan de todos los beneficios y no se cuidan ni aún de la conservación de los edificios religiosos; las iglesias caen en ruinas y las invaden las zarzas y las espinas; los clérigos, encargados de la salvación de las almas, mueren de hambre, abandonan sus funciones y andan errantes por el reino como vagabundos.—La Universidad de París reproduce las mismas quejas (*Litæ Universitatis Parisiensis*, en D'ACHERY, *Spicileg.* I, 780).

allá. Los pontífices franceses tomaban venganza en los cadáveres; los pontífices italianos, más astutos, enviaban sus agentes al lecho de los moribundos, no para consolarlos en su agonía, sino para arrebatárles sus libros, sus hábitos, sus muebles y su dinero. El escritor contemporáneo de quien tomamos estos detalles, compara á los papas con las aves de rapiña (1); pero al menos éstas esperan la muerte; los vicarios de Dios encontraron medios de ser más rapaces que los buitres. Gregorio VII, si es que puede pronunciarse su nombre hablando de sus indignos sucesores, reivindicó el poder espiritual, para poner término al vergonzoso comercio que los laicos hacían con las cosas santas. Escuchemos un testigo ocular acerca de la simonía de los papas en el siglo XV. «No firman nada sin recibir el pago de su firma... Cuando los que pretenden algún beneficio vacante ó piden cualquier cosa carecen de dinero, los banqueros pontificios se lo prestan mediante usura, ó bien el Papa admite en pago granos, caballos, cerdos... No hay petición, por injusta, por ilícita que sea, que la corte de Roma no conceda á peso de oro» (2). Los sucesores de San Pedro llegaron á sostener que les estaba permitido venderlo todo, hasta el mismo Dios, sin incurrir en simonía (3).

Tales son los rasgos generales del Pontificado en los siglos XIV y XV; pero importa entrar en algunos detalles; es preciso seguir en su vida privada y pública á los hombres impuros, criminales, que tienen la osadía de llamarse vicarios de Dios. Según los apologistas del catolicismo, apenas se encuentran uno ó dos papas indignos de su elevada misión, mientras que la inmensa mayoría son unos santos. Invirtiendo esta proposición estaríamos más cerca de la verdad: en la larga serie de los papas se encuentra á veces algún

(1) THEODOR. A NIEM, *De Schism.* II, 10: «Ad instar corvi in prædam hiantis.»

(2) THEODOR. A NIEM, *De Schism.* II, 12: «Nec potuit adeo quid injustum aut absurdum postulari, quod non concederetur intercedente simoniaco pacto et soluta pecunia.» C. GERSON, *Op. t.* II, p. 184: «Jam non videtur romana curia esse nisi quoddam forum publicum, ad quod quo quis plura portaverit, plura mercimoniam habebit.»

(3) IB. II, 9: «Curiales pro majori parte affirmabant talia licite fieri, cum Papa in talibus, ut dicebant peccare non posset.» C. GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. II, § 103, nota h.

grande hombre ó algun santo; la masa se compone de medianías, y los hay que son verdaderos tipos de vicios y que no pueden compararse más que con los emperadores monstruos. Juan XXIII es digno de figurar al lado de los Calígulas y de los Neronés. Empezó por ser pirata y conservó resabios de su primer oficio cuando fué elevado al trono de San Pedro. La voz pública le acusó de haber envenenado á su predecesor: este crimen figura entre setenta motivos de acusación por los cuales el Concilio de Constanza lo depuso; entre ellos habia diez y seis tan escandalosos que no se atrevieron á dar lectura de ellos (1). ¡Y sin embargo, la vida de aquel miserable era conocida ántes de su eleccion, y los cardenales habian jurado elegir al mejor!

Tiempos de cisma, se dirá, tiempos de desórden moral. Pasemos pues al Pontificado restaurado. Tenemos que reconocer una virtud en estos papas, y es que eran buenos padres de familia y cuidaban de asegurar el porvenir de sus hijos. ¡Hé aquí la suprema ambicion de los vicarios de Cristo en el siglo xv! Pero, como un Papa no debe tener hijos, se les da el nombre de sobrinos, y el gobierno pontificio se llama el *nepotismo*. Sería necesaria la poderosa invectiva del Dante para condenar como se merecen á aquellos sucesores infames de los Gregorios y de los Inocencios; pero los hechos desnudos tienen tambien su elocuencia; presentémoslos para oprobio del Pontificado del siglo xv.

«Sixto IV, dice un analista romano (2), murió el 12 de Agosto de 1484. ¡Día feliz, en que el Todopoderoso libró á su pueblo del más impío y más malo de los príncipes! No habia en él más que sucia lujuria, codicia y vanagloria. Fué muy aficionado á mancebos, y sodomita. La prueba está en los miles de ducados que dió á sus jóvenes y en los obispados y cardenalatos que les prostituyó; así es como los condes Jerónimo y Pedro Riario (3) llegaron á ser cardenales, gracias á la sodomía, y como el hijo de

(1) *Articuli contra Johannem*, P. XXIII, en VON DER HARDT, *Concil. Const.*, t. IV, p. 197.

(2) STEPHANI INFESSURÆ, *Diarium urbis Romæ*, en EGGARDI, *Corpus Hist. medii ævi*, t. II, p. 1938.

(3) MAQUIAVELO asegura que el conde Jerónimo Riario y el cardenal Pedro Riario eran hijos de Sixto IV! (ISTOB. FLORENT., lib. VII).

un peluquero fué nombrado obispo á la edad de doce años.» El analista romano nos da á conocer en seguida los medios empleados por aquel digno Vicario de Dios para llenar su tesoro: no confirió nunca un beneficio más que por dinero contante; cuando los compradores no ofrecían bastante, sacaba á subasta los obispados. Se hizo acaparador; despues de haber producido una crisis alimenticia, vendia sus granos, á veces averiados, á un precio exorbitante. Estos menudos medios de enriquecerse no bastaban á la ambicion del Papa; necesitaba un principado para su sobrino, es decir, para su bastardo. ¡No omitió medio para conseguirlo, no retrocedió ante el crimen, se hizo el instigador de un asesinato, de un asesinato en plena iglesia! Los hechos son conocidos. Sixto IV queria despojar á los señores de Imola y de Forli, para dar sus Estados á Jerónimo Riario. Habiendo abrazado los Médicis el partido de aquellos pequeños príncipes, el Papa juró su ruina. Un banquero florentino establecido en Roma tramó la muerte de los Médicis con Sixto IV y con el arzobispo de Florencia; eligióse una iglesia para su ejecucion, y un sacerdote se encargó de ser uno de los asesinos. En el momento de levantar la hostia, Julian de Médicis fué muerto; Lorenzo pudo escapar de los asesinos. Los Florentinos, en su justo furor, inmolaron á los asesinos. Entre aquellos asesinos habia un sacerdote y un arzobispo; *la libertad de la Iglesia* habia sido violada. Sixto IV lanzó sus rayos contra Florencia. ¡De modo que un papa, cómplice de una sangrienta conspiracion, éxcomulga á aquellos que vengan el asesinato en las personas de los asesinos, porque estos asesinos son los elegidos del Señor! (1). «Desafío, dice Voltaire, á la imaginacion más atroz á que invente algo que se parezca á estos detestables horrores.» Y no se diga que son exageraciones de aquel gran incrédulo, porque no es más que el eco de las acusaciones que lanzó contra el Papa un concilio celebrado en Florencia (2).

(1) Véanse los testimonios, en GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. II, 4, § 134, nota c.

(2) «*Sanguis optime de christiana religione meritis, per principem religionis fusus, violata per Pontificem Ecclesia, polluta per summum sacerdotem sacra sunt... Per hæc vestigia eum qui venit ut vitam habeant, Sixtus secutus est...*» (GIESELER, *ib.*, p. 152-154.)

Tales son los modelos que Maquiavelo tenía á la vista cuando escribió su famoso libro del *Príncipe*. Nosotros preguntamos: ¿quién es más culpable? ¿Los vicarios de Dios que emplean su autoridad divina para procurar dinero y dignidades á los frutos de sus desórdenes, y que fomentan la guerra y el asesinato para conseguir este objeto, ó el escritor que formula las bellas máximas practicadas por los jefes de la cristiandad, órganos de Dios? Inocencio VIII fué digno sucesor de Sixto IV. Antes de su elección habia firmado compromisos contra el nepotismo, lo cual no impidió al Papa poner todo su cuidado en el establecimiento de sus numerosos bastardos; tuvo tantos, que mereció que le diesen el nombre de *Padre de la Patria* (1). Aquel excelente padre de familia tuvo la fortuna de encontrar una mina de oro; verdad es que para explotarla tuvo que hollar los sentimientos y los intereses de la cristiandad; pero los vicarios de Cristo están por encima de estas preocupaciones vulgares. El hermano de Bayaceto habia buscado asilo entre los caballeros de Rodas; Inocencio rogó con grandes instancias al gran maestro que se lo entregara; á este fin dijo que si lo tuviese en su poder, llevaria á cabo grandes cosas en pro de la religion cristiana y de la gloria de Dios. El gran maestro se dejó seducir por un capelo de cardenal, y entregó al Papa al desdichado *Dschem*. Entonces se entabló una negociacion infame entre el sucesor de San Pedro y el sucesor de Mahoma; el Papa se comprometió con el Sultan á retener prisionero á su hermano mediante una suma anual de 80.000 ducados (2).

Como se ve, Alejandro VI no es una monstruosa excepcion, es más bien la expresion de las costumbres pontificias de su tiempo. Esto explica cómo los cardenales han podido vender la Santa Sede á un hombre que tenía ya cinco hijos nacidos de un comercio

(1) Los Romanos hicieron á Inocencio VIII el siguiente epigrama:

*Octo nocens pueros genuit, totidemque puellas,
Hunc merito poterit dicere Roma patrem.*

(GIESELER, II, 4, § 134, nota u.)

(2) Véanse los testimonios en GIESELER, II, 4, § 134, nota g.

ilegítimo. Hemos prometido decir la verdad desnuda, pero nos vemos obligados á no cumplir nuestra promesa: ¡la historia no se atreve á narrar lo que un vicario de Cristo se atrevió á hacer! Dejemos á un lado las infamias de los Borgias, y pasemos á lo que hay de ménos criminal en Alejandro VI, su amor á sus hijos; de uno de ellos hizo un príncipe; de otro, que apenas habia entrado en la pubertad, un cardenal; en cuanto á su hija, la famosa Lucrecia, se hallaba ya casada con un noble napolitano; pero esta alianza no pareció bastante elevada á Borgia cuando llegó á ser Papa; la rompió y casó á Lucrecia con un bastardo de los Esforcias, y más adelante la volvió á divorciar para unirla con un bastardo del Rey de Nápoles. Para atender á sus placeres y al establecimiento de su familia lo vendia todo: dignidades, honores, matrimonios, divorcios; no bastando todo esto, envenenó á los cardenales más ricos y dió sus bienes á sus hijos. El veneno fué tambien el arma del Papa en la lucha que su hijo César Borgia sostuvo contra los barones romanos; los que no murieron á manos del hijo, murieron á manos del padre. La política y las alianzas de Alejandro VI no tenían más objeto que el engrandecimiento de sus queridos bastardos. En rigor, se comprende la política pontificia mientras existe la lucha entre príncipes cristianos. Pero hacia medio siglo que los papas no cesaban de lanzar bula sobre bula para armar la cristiandad contra los vencedores de Constantinopla; ésta era una cuestion de vida ó muerte para el cristianismo á los ojos de los contemporáneos, que se creían todos los dias en vísperas de ser reducidos á la esclavitud por los sectarios de Mahoma. Inocencio VIII habia hecho ya traicion á los intereses del mundo cristiano, con gran escándalo de los príncipes que luchaban con las armas en la mano contra los turcos. Alejandro VI hizo más aún; envió embajadores al Sultan para contraer con él una alianza contra la Francia, en el momento en que Carlos VIII se preparaba á una guerra contra los infieles. Por la respuesta de Bayaceto se ve que el jefe de los creyentes hacia cardenales! Propuso, sin ambages al Papa que matase á su hermano *Dschem*, prometiéndole por este crimen una suma enorme y su amistad; ¡este sangriento tratado se llevó á cabo! Por consiguiente, los contemporáneos no han calumniado á Alejandro VI comparándole

con Neron y con Caligula (1). Aquel monstruo, que ceñía la tiara, haría dudar de Dios, si no se revelára la mano vengadora de Dios en los excesos mismos de los que se atrevían á llamarse sus órganos. El Pontificado abría su sepulcro, de la misma manera que los emperadores monstruos de la Roma imperial celebraban entre orgías y sangre los funerales del mundo antiguo.

El castigo siguió de cerca al crimen. Los escritores católicos, en su ceguedad, lo achacan á las malas pasiones de Lutero, á su orgullo y á su impureza, y de este modo explican la Reforma. No sabemos qué admirar más en estos defensores de lo pasado, si su mezquindad de espíritu ó su audacia. ¡Atreverse á hablar de orgullo y de impureza despues de los papas del siglo xv! ¡Acusar de inmoralidad al monje sajón, porque arrostra las preocupaciones de la Iglesia para contraer los santos vínculos del matrimonio! Abran los escritos de los contemporáneos y allí encontrarán las causas que han producido el odio del Pontificado: las costumbres de la corte pontificia, dice *Erasmus* (2). Dejemos á un lado los excesos y los crímenes de los papas; el Pontificado mismo se halla viciado en su esencia: siendo un poder esencialmente religioso, se había convertido en un poder político. No teniendo ya nada que hacer en pro de los grandes intereses de la humanidad, se ocupó en sus intereses temporales: «Entregados exclusivamente á las grandezas de la tierra, dice un historiador italiano, los papas no se sirvieron de la autoridad espiritual más que como un medio para extender sus estados, y la cátedra de San Pedro pareció más bien ocupada por reyes que por pontífices..... No se pensó ya en perpetuar la majestad y la dignidad del Pontificado; cada papa pensó exclusivamente en procurar á sus hijos, á sus sobrinos, á sus parientes, una fortuna opulenta, principados y reinos..... La religion, la santidad, la caridad no ocuparon ya á los primeros pastores; no respiraban más que guerra y tumulto, y se atrevieron á ofrecer el sacrificio de la paz con manos manchadas de san-

(1) Es inútil citar testimonios acerca de los hechos de Alejandro VI; todavía no ha encontrado apologista, pero no se debe desespearar de nada.

(2) «*Odium romani nominis penitus infirmum esse multorum gentium animis, opinor ab ea quæ vulgo de moribus ejus urbis jactantur.*» ERASM. *Epist.* XII, página 634.

gre..... Todo su cuidado consistió en fabricar artificiosas invenciones para acumular tesoros. No se avergonzaron de hacer servir las gracias y las armas espirituales para contentar su insaciable avaricia, y de traficar con las cosas sagradas tan osadamente como con las profanas. Las riquezas introducidas en su corte introdujeron consigo el fausto, el lujo, la corrupcion de las costumbres y desórdenes abominables.» *Guicciardini*, de quien tomamos esta apreciacion del Pontificado, termina diciendo que la conducta de los papas ha hecho que se pierda casi por completo el respeto á sus personas, pero que han conservado algun poder político (1). Despues acá los sucesores de San Pedro han perdido toda su influencia en los asuntos temporales, y si no se desprecia su autoridad espiritual es por una gran razon; porque el mundo ignora que haya papas: el Pontificado no es ya más que una sombra vana.

§ IV. — Conclusion.

Hemos celebrado el Pontificado de la Edad Media como el instrumento de que la Providencia se ha servido para la educacion de los pueblos germánicos; hemos aplaudido las victorias que los Gregorios VII y los Inocencios III alcanzaron sobre el Imperio; aplaudimos igualmente la caída de la monarquía pontificia. ¿Son contradictorios estos juicios? ¿Tienen algo de fatalismo? ¿Es esto la justificacion de la fuerza?

En apariencia la contradiccion es manifiesta. ¿Cuál es la obra de Gregorio VII? ¿Cuál es el fin que se ha propuesto y que ha realizado en los límites de la imperfeccion humana? Ha fundado el poder espiritual de los papas imponiendo el celibato al clero y rompiendo las cadenas que unian la Iglesia al feudalismo. El poder espiritual implica el poder temporal; esto quiere decir que los papas son los soberanos de la cristiandad, los señores del mundo. De hecho los papas deponen á los empera-

(1) GUICCIARDINI, *Historia de Italia*, libro IV, c. 5.

dores, dominan á los reyes. Hé aquí la obra de Gregorio VII. Ahora bien: ¿por qué perece el Pontificado? Por ese mismo poder temporal que lo infecta con los vicios de la sociedad temporal, corrompe el poder espiritual y suscita las naciones y los libre-pensadores. Cuando cae el Pontificado se le acusa de una usurpacion secular y hay realmente usurpacion, porque la soberanía que reivindica y que ha ejercido pertenece á los pueblos. Pero si hay usurpacion, ¿no debemos condenar á Gregorio VII más bien que á Bonifacio VIII? Exaltar al uno y condenar al otro, ¿no es celebrar al fuerte que triunfa y acusar al débil que sucumbe? ¿No es esto fatalismo?

Hay más. ¿Por qué ha roto Gregorio VII los vínculos que unian á los clérigos con la sociedad? El gran Papa ha querido arrancar al clero de la corrupcion que lo minaba, ha querido destruir en su raíz la simonía que envilecia á la Iglesia para realizar el ideal del Evangelio, á fin de que los clérigos fuesen realmente los elegidos del Señor, los hombres del espíritu, llamados á sujetar y á moralizar á los hombres de la carne. Sin embargo, apénas se ha constituido la monarquía pontificia se escuchan quejas sobre la codicia, sobre la venalidad, sobre la simonía de la córte de Roma. En el siglo xv un grito inmenso de reprobacion condena las costumbres de los clérigos, la cristiandad pide la reforma de la Iglesia en su jefe y en sus miembros, y cuando el Papa se hace el sordo á estas justas exigencias, estalla una revolucion religiosa que desgarrá la unidad cristiana, destruye el Pontificado en su esencia y amenaza al cristianismo mismo. Repetimos: en lugar de exaltar á Gregorio VII y su obra ¿no hubiéramos debido condenarla porque ha conducido lógicamente y necesariamente á todos los abusos que han conculcado á los pueblos contra la Iglesia? Alabar el Pontificado en el siglo xi y rechazado en el siglo xv ¿no es bendecir y maldecir la misma institucion, segun los accidentes de su grandeza y de su decadencia?

No, no hay en nuestra apreciacion del Pontificado ni contradiccion ni fatalismo. Solamente los que no han profundizado las leyes de la naturaleza humana se admirarán de los juicios contradictorios que emite la historia sobre una sola y misma institucion; la contradiccion no está en el historiador, está en los hechos, por-

que los acontecimientos son el producto de la libertad humana, y todo lo que se relaciona con el hombre lleva siempre el sello de su imperfeccion. La contradiccion está en las instituciones, en el sentido de que son el producto del estado social de una época dada; si la institucion se inmoviliza miéntras la sociedad avanza, es seguro que de saludable y benéfica que ha sido se convierte en un obstáculo ó en un mal. La contradiccion existe tambien en la historia en el sentido de que Dios se sirve de las pasiones y de los errores del hombre para bien de la humanidad. Un mismo hecho puede, pues, ser un mal bajo el punto de vista del hombre y de su responsabilidad, y un bien bajo el punto de vista de Dios y del gobierno providencial de la humanidad.

Tomemos en la historia un gran acontecimiento acerca del cual están las opiniones más conformes que acerca del Pontificado, porque no se refieren á intereses actuales ni á pasiones religiosas. El imperio romano es tal vez la época más triste, la más monstruosa de la vida de la humanidad. Sin embargo, los Padres de la Iglesia la han celebrado y nosotros la hemos celebrado como ellos; más adelante, cuando ha caído bajo los golpes de los Bárbaros, los Padres de la Iglesia han aplaudido la ruina del mundo antiguo, y nosotros hemos hecho lo mismo. Hé aquí una contradiccion bien manifiesta; ¿nos echarán en cara nuestros adversarios el fatalismo de nuestra apreciacion? La censura recaeria sobre ellos mismos, puesto que no hemos hecho más que seguir la opinion de aquellos á quienes la Iglesia honra como á sus Padres. En realidad no hay fatalismo ni contradiccion. El imperio romano era un ensayo gigantesco de monarquía universal; como tal lo reprobamos, porque la monarquía universal sería la tumba de la humanidad, y saludamos á los Bárbaros como á los salvadores del género humano. ¿Quiere esto decir que los autores cristianos se hayan equivocado al ver la mano de Dios en el establecimiento del Imperio? Bajo el punto de vista político, el historiador debe justificar el Imperio porque era el único medio de poner fin á la anarquía de la república y de detener la disolucion del mundo antiguo. Bajo el punto de vista religioso es igualmente cierto que sin el Imperio el cristianismo no se hubiera extendido con bastante rapidez para poder resistir á la tempestad de la invasion de los Bár-